

El alma del río



Ángela Posada-Swafford

Sé lo que dicen todos los ríos.

Hablan el mismo idioma que yo tengo.

Pablo Neruda

Desde el aire, el caudal aparecía indistinto, apenas un trazo hidrológico sumido en una geografía verde. Pero abajo, en el valle, era la quintaesencia del río tropical. Sus aguas color caramelo cortaban la espesura, exponiéndola como una herida abierta, a medida que atravesaba la fecundidad alucinante de la Orinoquía colombiana. Sus orillas estaban decoradas con desfiladeros y playones, mariposas transparentes y los ojos acechantes de los jaguares. En el panteón de los ríos, este apenas era un dios menor. No era el más caudaloso. Ni el más largo. Ni siquiera, el más profundo. En cambio, por diversas razones geológicas, incluyendo un tramo de gargantas angostas, partes de él eran idóneas para construir una represa hidroeléctrica y llevar luz a poblados cercanos. El problema era que una obra así alteraría el funcionamiento natural del río, poniendo en peligro la diversidad de los seres que viven en él.

De hecho, lo que había comenzado seis meses atrás como una conversación casual con poderosas firmas extranjeras en el entapetado corredor de una empresa de ingeniería en la capital, acababa de convertirse en un proyecto político. Un proyecto

que avanzaba como una aplanadora, y cuyo único muro de contención, hasta ahora débil como el papel de seda, era poder probar la valía del río con lo que él mismo aportara: encontrar evidencia irrefutable de una gran diversidad de vida pululando dentro de esta corriente, opaca y aún inexplorada.

Pero el tiempo concedido por las autoridades se acababa.

El joven científico sintió de repente el peso del mundo sobre sus hombros. Días atrás había perdido el sombrero y los anteojos de sol al caer en medio de un tramo de rápidos. Ahora tenía sed y dolor de cabeza. Las arrugas de la preocupación llenaron su delgado rostro enrojecido. “Sé que escondes más, mucha más vida de la que revelas. ¡Muéstrame! Ayúdame a salvarte”. Arrodillado sobre una piedra en medio de la corriente realizó el mismo ritual que venía ejecutando hacía semanas: sumergir en el río envases plásticos del tamaño de botellas de soda para recoger muestras de agua a diferentes profundidades.

Cada vez que sacaba una botella llena la sellaba de inmediato, la marcaba y la colocaba dentro de un morral. Cuando todas estaban llenas regresaba al poblado que le servía de alojamiento, filtraba el agua de cada botella y colocaba los filtros inmediatamente dentro de una nevera portátil con hielo. A partir de entonces comenzaba la carrera contra el reloj, ya que tenía unas pocas horas para subir a una avioneta, regresar a su centro de investigaciones y colocar las muestras a veinte grados centígrados bajo cero. Entonces comenzaba el trabajo de

verdad: analizar esos filtros para identificar y catalogar el ADN de cualquier criatura que hubiera dejado su huella en el agua de las botellas.

—¡Agarra esta, que no me cabe en el morral! —gritó el biólogo, lanzando la botella hacia la orilla, en dirección a una niña que corrió ágilmente para atraparla. Era indígena y no pasaba de los nueve años. Vestía pantalones cortos verdes claros embarrados, sandalias de plástico y una camiseta blanca. Tenía una expresión seria pero, cuando se reía, como ahora, iluminaba el paisaje a su alrededor.

—¡Aquí sí hay pipí de pescado! —exclamó ella, agitando la botella.

—Pipí, popó, sangre, babas, escamas molidas, y hasta sudor y lágrimas. ¿Recuerdas lo que te dije?

—¿Los peces lloran?

“Llorarían si supieran lo que estamos haciendo con sus casas, los ríos del planeta,” pensó él, sorteando las piedras resbalosas para regresar al playón.

—Debemos apurarnos, Macharako. Va a llover y se nos alarga el camino al pueblo. Y ya sabes lo que pasa si no filtro el agua y meto los filtros en el hielo.

—Que no puedes ver el alma del río.

El científico la miró. Desde que había empezado a ayudarlo y acompañarlo espontáneamente hacía un par de meses, lo sorprendía con sus penetrantes comentarios. Podría tener

nueve años, pero Macharako poseía la sabiduría de una persona anciana. “Ver el alma del río”. Eso era exactamente lo que él intentaba hacer: tomar un retrato líquido de la esencia del río. Saber qué animales, desde microscópicos hasta enormes, habían pasado por allí. Era algo casi mágico. Excepto que era ciencia... ciencia que podía salvar al modesto río de convertirse en represa.

La cosa era que la tecnología, relativamente nueva, no siempre era fácil de domar. Y las muestras a veces llegaban descongeladas, o no servían por alguna razón. Entonces había que volver a recoger el agua en los mismos lugares. Necesitaba tener una lista lo más completa posible, lo más asombrosa posible para impresionar a la gente de la capital. Sabía perfectamente que las bacterias, los organismos pequeños, los gusanos que vivían pegados al fondo, las esponjas, todas esas criaturas, que no eran carismáticas ni necesariamente bonitas, o que no se podían ver, no tendrían el mismo poder totémico de un gran organismo. Lo cual era absurdo porque en la telaraña de las cosas vivas no existe una que no sea importante.

Había identificado un montón de peces, y estaba seguro de que quedaban más por encontrar, pues esa era la cuestión: antes de esta reciente tecnología, no era nada fácil determinar quién nadaba dónde. También tenía prueba de caimanes, pero estos tampoco parecían ejercer la misma fascinación de un mamífero. Hallar rastros de la presencia de un delfín rosado, por ejemplo, o de un manatí, sería una bendición para completar el caso. ¿Por

qué no aparecían en las muestras de agua? La falta de delfines, al menos, tenía una explicación: se habían adaptado a otros ríos de la Orinoquía y Amazonía... Pero ¿los manatíes? Macharako solía jugar con ellos en ese mismo río —por lo menos, eso decía ella—. Era un misterio. O, quizás, su febril imaginación.

—¿No estaban? —preguntó la niña una semana después, sentada sobre un tronco caído en otro tramo del río. Sacó un trozo de pan de su bolso de tela y observó la selva primaria que los rodeaba. Las aves eran increíblemente abundantes, pequeños incendios de colores posados en las ramas o centelleando corriente abajo.

—No... esta vez tampoco. Lo siento... Pero sí tengo ADN de varios seres muy interesantes. Hay unos peces rarí...

—Mi abuela dice que las vacas del agua se fueron al *Hea* — interrumpió ella, haciendo caso omiso de las buenas noticias.

—Al *Hea*..., ¿con los espíritus del cielo?

Ella asintió. Hacía días que no mostraba su sonrisa luminosa.

—Si son espíritus, ya no los podré ver más.

De pronto se levantó y, sin decir palabra, salió corriendo hasta perderse en la espesura. Algo perplejo, él se levantó también. No se acostumbraba a verla aparecer y desaparecer como por ensalmo. Pero, al fin y al cabo, ella era parte de todo este paisaje. Volvió la mirada al agua, sacó dos botellas vacías del morral y caminó hasta la orilla para llenarlas.

“Un río es una entidad animada. Se mueve, respira. Es la

matriz de una complejísima red de relaciones biológicas”, se dijo, apretando los labios. “Ahogar un río como este bajo su propia agua encarcelada es algo así como bombardear las pirámides de Egipto, o pintar encima de los frescos de la Capilla Sixtina. ¿Tendremos que contentarnos con dejar la Tierra un poco más plana, más mansa, más simple y afeada, a cambio de un producto vendible? ¿Acaso no somos una especie lo suficientemente ingeniosa como para pensar en una alternativa para nuestra electricidad?”

Llenó las botellas, las marcó debidamente y bebió el jugo, ya tibio, de su cantimplora.

¿Por qué sería que tanta gente les daba la espalda a sus ríos? Como si fueran un poco de agua que tuviéramos que domar a cualquier precio.

“Pero la Tierra necesita cosas salvajes”, añadió apasionadamente en voz alta. “Debemos preservar estos lugares, estas bestias y fuerzas de la naturaleza. Incluso aquellas que pueden asesinarlos con indiferencia sublime. Los humanos necesitamos a la serpiente y al jaguar, al huracán, a la viuda negra y a la anguila eléctrica. Y sí, también a los virus y las bacterias. Necesitamos todas esas cosas para tener perspectiva.

La madrugada siguiente sorprendió a Macharako dormida bajo un palmar, a muchos kilómetros río arriba de su poblado. Había seguido el curso del caudal pensando en la pareja de

manatíes con los que solía jugar antes. Ya no venían a que ella les rascara la barriga, atrapándole la mano con sus aletas contra el vientre, que era el instrumento perfecto para quitarles la rasquiña de todas esas cosas que se les pegaban en la piel. Y así pasaban los días, ella, escapada de casa, tumbada boca abajo sobre un árbol caído en medio del río; y ellos, dejándose rascar y comiendo las suculentas yerbas que crecían sobre el agua.

¿Se habrían ido realmente a la tierra de los espíritus? ¿Y cómo sería exactamente el *Hea* que la abuela mencionaba siempre? ¿Habría agua y comida también allá arriba? Sumida en sus pensamientos, la pequeña masticó algunos frutos silvestres y retomó su camino. Unas horas después llegó a un lugar nuevo para ella. Notó que allí el río era mucho más angosto y se dividía en dos. Solo que uno de sus brazos ya no era un río: se había convertido en una laguna. El cambio climático no solo había producido una constante amenaza de incendios en la región, sino una sequía extrema, y el brazo del río se había convertido en un lago aparte, apenas sin conexión con el río madre, exceptuando un hilo de agua que hacía las veces de tenue cordón umbilical.

La laguna tendría unos quinientos metros de ancho, estaba rodeada de palmeras y toda clase de árboles salvajes que despedían olores a vainilla. El agua aquí no era color caramelo quemado, sino más bien parecía un té oscuro. Y no era opaca sino cristalina. Era un lugar invitador, por lo que Macharako se quedó mirando, tratando de decidir si se metía o no.

Entonces sucedió: un morro gris rompió de pronto la superficie, soltando un *wooshhh*. Los agujeritos de sus dos fosas nasales, los pelos de su trompa, los ojos diminutos, el gris de su espalda llena de algas, no dejaban la menor duda: era un manatí. La niña lanzó un agudo grito de sorpresa, que se convirtió en carcajada cuando vio aparecer un segundo morro buscando aire. ¡Ahí estaban! ¡Vivos! ¡Habían quedado atrapados y aislados del río principal! ¿Quién se habría podido imaginar que estaban ahí?

Con el corazón latiendo a reventar corrió al río, agarró una manotada de las dulces hierbas que las criaturas solían comer, regresó a la laguna y nadó hasta los manatíes, que dócilmente aceptaron su presencia y le ofrecieron sus barrigas para rascar. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de la existencia de un tercer manatí: un pequeñuelo de poco más de un metro de largo, tan joven que su piel aún era gris oscura y tenía la suave textura del cuero aceitado.

Con una exclamación de felicidad, la niña ofreció las hierbas a los animales. El pequeño todavía bebía leche materna, pero sus padres las consumieron como si fueran el más fino chocolate, su cerebro les había recordado instantáneamente el sabor.

Macharako soltó una carcajada, nadó hasta la orilla y sacó de su bolso tres botellas para recolectar agua que le diera el biólogo, y que siempre cargaba consigo. Regresó al lado de los manatíes, hablando hasta por los codos, sin dejar de reírse. Estaba segura de que ahora sí podían salvar al río.

—¡Apuesto a que aquí encuentro todo lo que botan ustedes por la boca y por la cola! También esos pedazos de piel que quedan flotando por ahí. Ahora que los encontré, tenemos que devolverlos a su casa. Estarán contentos de volver, ¿o no? Ya podrán seguir su camino hasta otros ríos más grandes, o quedarse acá, conmigo. Pero aquí dentro queda atrapado su espíritu —añadió sacudiendo una de las botellas.

—¿Qué tienes ahí, pequeña Macharako? —preguntó el científico cuando la vio llegar corriendo, con una mueca pícara en la boca. Nadie, excepto su abuela, se había percatado de su ausencia, acostumbrados como estaban a verla desaparecer como un ave misteriosa.

Ella le devolvió la sonrisa resplandeciente de siempre, hurgó entre su bolso y sacó las botellas con las muestras, y se las entregó como si fueran una ofrenda a los habitantes del cielo.

—El alma del río —dijo, y se fue otra vez corriendo en dirección al agua.

The Soul of the River



Ángela Posada-Swofford

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

*'I know what all the rivers say. They
speak the same language that I speak.'*

Pablo Neruda

From the air it appeared hazy, a mere hydrological brushstroke engulfed in a green geography. Down in the valley, however, it became the quintessential tropical river. Its caramel-coloured waters cut through the jungle like an open wound as it passed through the staggering fertility of the Colombian Orinoco. Its banks were adorned with gorges and sweeping beaches, translucent butterflies and the lurking eyes of jaguars. In the pantheon of rivers, this was barely a minor god. It was not the mightiest, or the longest, not even the deepest of rivers. However, for various geological reasons, including a stretch of narrow gorges, parts of it were suitable for building a hydroelectric plant to supply light to nearby towns. The problem was that such a project would disrupt the river's natural flow, thereby endangering the diversity of wildlife that lived within it.

In fact, what had started six months ago as a casual conversation with powerful foreign firms in the carpeted corridor of an engineering company in the country's capital had just turned into a political project. A project that was moving like a steamroller, the only barrier to which, weak as tissue paper,

was proving the importance of the river using what the river could offer: finding irrefutable evidence of a great diversity of wildlife swarming within its opaque and unexplored waters.

But the time allotted by the authorities was running out.

The young scientist suddenly felt the weight of the world on his shoulders. Days ago, he had lost his hat and sunglasses when he fell into a stretch of the rapids. Now he was thirsty and had a headache. Lines of concern filled his thin, flushed face. 'I know that you hide more, much more life than you reveal. Show me! Help me save you.' Kneeling on a stone in the middle of the stream, he performed the same ritual he had been carrying out for weeks: dipping plastic containers the size of soda bottles into the river to collect water samples at different depths.

Every time he took out a full bottle, he immediately sealed it, marked it, and placed it inside his backpack. Once he had filled every bottle, he returned to the village where he was staying, filtered the water from each bottle, and immediately placed the filters inside a portable cooler with ice. At that moment the race against the clock began, since he had a just few hours to get on a plane, go back to his research centre and place the samples in a freezer at minus twenty degrees Celsius. It was only then that the real work began; he needed to analyse those filters to identify and catalogue the DNA of any creature that had left its imprint in the water.

‘Take this one, it doesn’t fit in my backpack!’ shouted the biologist, throwing the bottle towards the shore, where a girl ran nimbly to catch it. She was from the indigenous community, about nine years of age, wearing a pair of light green shorts covered with mud, plastic sandals and a white T-shirt. Her expression was serious, but when she laughed, like she was doing now, her face could light up the whole landscape around her.

‘You have fish pee here!’ she exclaimed, shaking the bottle.

‘Pee, poop, blood, drool, ground scales, and even sweat and tears. Remember what I said?’

‘Do fish cry?’

They would cry if they knew what we are doing with their homes, the rivers of the planet, he thought, walking very carefully over the slippery stones back to the shore.

‘We must hurry, Macharako. It’s going to rain and we have a long walk back to the village. And you know what happens if I don’t filter the water and put the filters in the ice.’

‘You won’t be able to see the soul of the river.’

The scientist looked at her. Since she had spontaneously started to help him a couple of months ago, she had surprised him with her deep comments. She might be nine years old, but Macharako had the wisdom of an old person. ‘See the soul of the river.’ That was exactly what he was trying to do: take a liquid portrait of the essence of the river. To know, at any given moment, which animals, from microscopic to enormous, had

been there. It was almost magical. Except it was science... science that could save the modest river from becoming a dam.

The problem was that this relatively new technology wasn’t always easy to tame. And samples sometimes ended up thawed, or they were no use for some reason, so the water needed to be collected again and again in the same places. He needed to have as complete a list as possible, as amazing as possible, to impress the people in the city. He knew perfectly well that bacteria, small organisms, worms that lived stuck to the bottom, sponges, all those creatures that were not charismatic or necessarily pretty, or that could not be seen, would not have the same totemic power of a large organism. Which was absurd because in the web of living things there was not one creature that was not important.

He had identified a lot of fish, and he was sure there were more to be found, because that was the point: before this recent technology existed, it was not easy to determine what swam where. He also had evidence of alligators, but they didn’t seem to hold the same fascination as a mammal either. Finding traces of the presence of a pink dolphin, for example, or of a manatee... that would be a blessing, would make the case. Why weren’t they showing up in the water samples? There was a reason for the lack of dolphins, at least; they had adapted to other rivers of the Orinoco and of the Amazon region ... But the manatees? Macharako used to play with them in that same river — at least

that's what she said. It was a mystery. Or perhaps she had a feverish imagination.

'Aren't they there?' the girl asked a week later, sitting on a fallen log by another stretch of the river. She took a piece of bread from her cloth bag and gazed at the primary forest surrounding her. The birds were unbelievably abundant, little coloured fires perched on the branches or twinkling downstream.

'No ... not this time either. I'm sorry ... But I have DNA samples taken from very interesting creatures. There are some weird fish ...'

'My grandmother says the water cows went to Hea,' she interrupted, ignoring the good news.

'To Hea... with the spirits of heaven?'

She nodded. For days she had not shown her luminous smile.

'If they are spirits, I will not be able to see them anymore.'

Suddenly she got up, and without saying a word, she ran and lost herself in the dense forest. Somewhat puzzled, he got up too. He could not get used to seeing her appear and disappear as if by magic. But at the end of the day she was part of this whole landscape. He returned his gaze to the water, took out two empty bottles from the backpack, and walked to the shore to fill them.

A river is an animated entity. It moves, it breathes. It is the matrix of a very complex network of biological relationships, he thought, pursing his lips. Drowning a river like this one under its

own imprisoned water is something like bombing the pyramids of Egypt, or painting on top of the frescoes of the Sistine Chapel. Are we going to be happy with just leaving the Earth a little flatter, meeker, simpler and uglier than before, in exchange for a marketable product? Aren't we smart enough to think of an alternative for our electricity?

He filled the bottles, marked them properly and drank juice, already warm, from his canteen.

Why is it that so many people turned their backs on their rivers? As if rivers were just a bit of water that we needed to tame at any price?

'But the Earth needs wild things,' he added passionately, out loud. 'We must preserve these places, these beasts and forces of nature. Even those that can murder us with sublime indifference. Humans need the snake and the jaguar, the hurricane, the black widow and the electric eel. And yes, also viruses and bacteria. We need all those things to have perspective.'

The next morning, he found Macharako asleep under a palm grove, many kilometres upstream from her village. She had followed the course of the flow, thinking of the pair of manatees she once used to play with. They no longer came to her to have their bellies scratched, catching her hand with their fins against their bellies because it was the perfect instrument to remove the itch of all those things that stuck on their skin. Day after

day she escaped from home to lie face down on a fallen tree in the middle of the river, and the manatees allowed her to scratch them while eating the succulent herbs that grew on the water.

Would they have really gone to the land of spirits? And what exactly would be the Hea that Grandma always mentioned? Would there be water and food up there too? Immersed in her thoughts, the little girl chewed some wild fruits and continued on her way. A few hours later she arrived at a place that was new to her. She noticed that here the river was much narrower and was divided in two. One of its branches was no longer a river: it had become a lagoon. Climate change had not only produced a constant threat of fires in the region, but had produced an extreme drought, and the branch of the river had become an independent lake, barely connected to the mother river except for a thin umbilical thread of water.

The lagoon was around five hundred metres wide and was surrounded by palms and all kinds of other wild trees giving off vanilla scents. The water here was not a burnt caramel colour, but rather seemed like dark tea. And it was not opaque, but crystalline, a very inviting place. Macharako stared, trying to decide whether to get in or not.

Then, it happened: a grey nose suddenly broke the surface with a whoosh. The holes in its two nostrils, the hairs on its trunk, the tiny eyes, the grey of its back full of algae, left no doubt: it was a manatee. The girl let out a high-pitched cry of

surprise, which turned into laughter when she saw a second nose appearing looking for air. Here they are! Alive! They had been trapped and isolated from the main river! Who could have imagined they were there?

With her heart beating hard, she ran to the river, grabbed a bunch of the sweet herbs that these creatures used to eat, returned to the lagoon and swam to the manatees, who meekly accepted her presence and offered her their bellies to scratch. It was then she came across a third manatee: a little one, just over a metre long, so young that its skin was still dark grey and had the soft texture of oiled leather.

With a happy cry, the girl offered the herbs to the animals. The little one was still drinking breast milk, but its parents consumed the herbs as if they were the finest chocolate, their brains instantly reminding them of the taste.

Macharako laughed, then swam towards the shore and took from her bag the three bottles the biologist had given her to collect water. She went back to the manatees, talking the whole time, and still laughing. She was sure that now they could save the river from being dammed.

'I bet I can find everything that comes out of your mouth and your tail here! Also, those pieces of skin you leave floating around. Now that I have found you, we have to take the three of you back to your home. Will you be happy to go back, or not? You can continue on your way to other larger rivers, or you can

stay here with me. But here, in this bottle, your soul is trapped,' she added, shaking one of the bottles.

'What do you have there, little Macharako?' the scientist asked the next day when he saw her running towards him with a mischievous grin. No one except her grandmother had noticed her absence, accustomed as they were to seeing her disappear like a mysterious bird.

She gave him her usual radiant smile, rummaged through her bag and took out the bottles with the samples and gave them to him as if they were an offering to the inhabitants of heaven.

'The soul of the river,' she said, and ran back towards the water.